

# NEW LEFT REVIEW 119

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2020

## ARTÍCULOS

AARON BENANAV	Automatización, primera parte	7
ALAIN SUPIOT	Un artista de la ley	45
PERRY ANDERSON	¿Situacionismo a la inversa?	51
JOHNNY RODGER	La biblioteca que desaparece	104
LOLA SEATON	Los fines de la crítica	115

## CRÍTICA

BENJAMIN KUNKEL	Socialistas en Estados Unidos	147
ROBIN BLACKBURN	¿Reformar para conservar?	153
SUSAN WATKINS	Apalea a los bedeles	165

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

## CRÍTICA

Paul Collier, *The Future of Capitalism: Facing the New Anxieties*, Londres, Allen Lane, 2018, 248 pp.

ROBIN BLACKBURN

### ¿REFORMAR PARA CONSERVAR?

La turbulenta época posterior a la gran crisis ha provocado un torrente de libros que buscan «apañar» el continuo malfuncionamiento del capitalismo occidental. «La forma de funcionamiento de nuestros sistemas económicos y políticos debe cambiar, o perecerán», ha proclamado el principal articulista sobre economía del *Financial Times*. Una de las lecturas recomendadas para la agenda de reformas de Martin Wolf es *The Future of Capitalism*, de Paul Collier, un libro que también figura en la lista de Bill Gates («ambicioso y que te hace pensar»), mientras que George Akerlof lo ha llamado «el texto de ciencias sociales más revolucionario desde Keynes». El propio Collier, que escribe enfundado en el traje de un amigo cándido del capitalismo, que lamenta su deplorable caída en desgracia, considera que su libro es una actualización de *The Future of Socialism*, de Anthony Crosland, y que ofrece un «reinicio intelectual» para una socialdemocracia que una vez más puede convertirse en la filosofía del centro político. *The Future of Capitalism* presume de ofrecer un nuevo marco conceptual, así como una serie de propuestas prácticas. ¿Es así?

A Collier se le conoce mucho más como un economista del desarrollo que como un paladín del mundo capitalista avanzado. Nacido en Sheffield en una familia de clase obrera en 1949, en el libro describe su ascenso hasta Oxford, Harvard y Sciences Po. En su obra más conocida, *The Bottom Billion* (2007), alababa los efectos beneficiosos de la globalización, que había encaminado a la amplia mayoría de la población mundial –al menos a cinco mil

millones de personas— a la prosperidad de masas. Ese libro se centraba en los mil millones restantes, muchas de los cuales él localizaba en África, atrapados en los cepos de la guerra civil, del mal gobierno y de la dependencia de los recursos. Aplicando el binarismo de la teoría de la elección racional individual, impulsada por la «codicia» o el «agravio» —«¿Saldré ganando si me rebelo contra el gobierno?»—, Collier concluía ofreciendo un conjunto de soluciones brutalmente neoimperialistas: la globalización podría funcionar para África, pero requeriría la ocupación militar prolongada por parte de los gobiernos del G8 para mantener la paz y forzar la expansión de las zonas económicas especiales a fin de atraer flujos de inversión. Los mil millones de personas del estrato inferior no estaban preparadas para la democracia, explicaba en su siguiente libro, *War, Guns, and Votes* (2008), porque con toda probabilidad votarían según pautas étnicas. Collier entonces obtuvo, por supuesto, la Orden del Imperio Británico de manos de Blair en 2008 y fue nombrado caballero por Cameron, por «sus servicios a favor del cambio político en África».

Una década después Collier ha escarmentado —su corazón «se abrasó»— y aborda la «bancarrotta moral» de su tierra natal. A lo largo de las últimas cuatro décadas, nos enteramos ahora, se ha deteriorado la capacidad económica del capitalismo; el pesimismo ha aumentado; las nuevas generaciones viven peor que la generación de sus padres. Un flagrante abismo entre clases se ha abierto entre los «educados» —que se conocen y aparean en la universidad y que se han constituido en una nueva clase dominante, con una identidad social compartida en la que se valoran sobre todo las destrezas— y los «no tan bien educados», cuyos empleos han sido duramente golpeados por la globalización, que están abocados al fracaso familiar, al consumo excesivo de drogas y alcohol, y a la violencia. Han surgido ideologías «dañinas», «remedios de curandero», chalaneadas por demagogos como los «marxistas» que se han apoderado del Partido Laborista británico, alimentándose de los miedos y del resentimiento de los «no tan bien educados».

Collier se remonta a la socialdemocracia de su juventud, basada en la «reciprocidad práctica» del movimiento cooperativo, arraigada en las comunidades, orgullosas del trabajo propio y de la identidad nacional y sostenida por los partidos políticos tanto del centro izquierda como del centro derecha. Pero, desgraciadamente, a partir de la década de 1980, los partidos fueron copados por intelectuales sabelotodo, que se arrogaban la superioridad moral de los guardianes platónicos: por un lado, los economistas de la decisión racional, que postulaban un «hombre económico» amoral; por otro, los proponentes de unos derechos universales rawlsianos, que exigían privilegios legales para los grupos más desfavorecidos. Tanto los economistas como los juristas rebajaban «los cimientos morales innatos» —los «instintos normales» de reciprocidad y renuncia, autoestima y pertenencia— sobre los

que se basaba la socialdemocracia comunitaria. «A medida que los efectos colaterales destructivos de estas nuevas fuerzas económicas han golpeado a nuestras sociedades, las incongruencias de estas nuevas éticas han quedado brutalmente reveladas». La nueva clase política «se ha despreocupado acerca de la globalización» y no ha dicho una palabra acerca de sus costes, lo que ha conducido a abismos sociogeográficos entre las florecientes ciudades metropolitanas, que se han beneficiado de sus efectos de aglomeración, y las ciudades de provincia «en bancarrota», lo cual ha ensanchado a su vez la brecha entre los prósperos «educados» y los desesperados «no tan bien educados». Mientras tanto, las divisiones globales se acentuaban por el «entusiasmo sin matices» de la elite por la liberalización y por «su abrazo sin matices» de la inmigración.

El capitalismo tiene arreglo, nos garantiza Collier, pero requiere un pragmatismo «firme y coherentemente basado en valores morales», que fomente mercados que puedan embridarse de acuerdo con «un sentido y un propósito». La primera prioridad es la reforma política: «romper los extremos». Alocadamente, los partidos políticos predominantes han empoderado a sus militantes de base para elegir a sus líderes. Los partidos necesitan ser «reconducidos al centro», bien restringiendo la selección de sus líderes a sus representantes electos o abriendo esta a todos los votantes –aunque esto pueda suponer un riesgo– o, tal vez la opción más segura, introduciendo un mínimo, cuidadosamente calculado, de representación proporcional, para afianzar en el poder a los políticos del «extremo centro». Macron es el ejemplo supremo del tipo que se requiere, flanqueado por Lee Kuan Yew, Trudeau y Kagame (la afirmación de Collier de que Kagame «negó a su bando tutsi el habitual botín de la victoria militar» es algo que a los habitantes del Congo oriental les sonará de nuevas). Collier también alaba a la «notable» Mette Frederiksen, lideresa de los socialdemócratas daneses, porque «ha devuelto con energía el partido a sus orígenes comunitarios». (De hecho, la principal innovación de Frederiksen ha sido cortejar a la extrema derecha asumiendo su agenda islamófoba, pidiendo que se cierren las escuelas musulmanas y respaldando una ley que permitiría a la policía confiscar las joyas de quienes pidan asilo).

Para calmar la angustia de los «no tan bien educados», Collier combinaría una restricción de la inmigración con vivienda asequible y flexiseguridad, esto es, prestaciones para compensar el empleo irregular. La «familia ética» sería impulsada por una orientación obligatoria para las jóvenes parejas en riesgo de ruptura, mientras que ONG compuestas de abuelos voluntarios animarían la moral de los niños en edad escolar. Al Estado se le pediría que ayudara a generar narrativas de pertenencia patriótica. Centrándose en la «empresa ética», Collier lamenta las habilidades para evadir impuestos de los grandes bancos y de las corporaciones globales, aficionadas a mudar su

sede social y a buscar las jurisdicciones con menor carga impositiva. Collier critica ahora el culto a la «rentabilidad del accionista» y a los algoritmos que usan los inversores en fondos de pensiones y seguros, que obligan a las empresas a centrarse estrechamente en los dividendos trimestrales: «Nadie tiene demasiados incentivos para comprender si la estrategia a largo plazo de los directivos empresariales es inteligente». Collier defiende una postura firme respecto a la mala práctica empresarial: sacar a unos cuantos directivos del campo de golf y meterlos en la cárcel mandaría una potente señal al resto. Extrañamente, Collier no dice nada del «inversor ético», aunque se ha generado mucha investigación sobre este tema; una serie de fondos de pensiones rehúyen ahora inversiones en el comercio de armas, las apuestas, el tabaco o el trabajo infantil, y pocos de ellos descuidan mostrar de palabra su adhesión a los criterios medioambientales, sociales y de gobernanza.

Las propuestas más radicales contenidas en *The Future of Capitalism* apuntan a lo que Collier llama la nueva clase «educada». Basándose en la obra de Anthony Venables acerca de la desigualdad espacial, repasa el crecimiento de las «ciudades globales» desde la década de 1980 a medida que estas accedieron no solamente a los mercados nacionales, sino a los mundiales, lo que se reflejó en enormes aumentos de las rentas y beneficios de la «aglomeración». El término se refiere no solamente a los «rendimientos de escala» urbanos, sino a las recompensas de la especialización y la localización derivados de la concentración de una amplia población de gente con ingresos elevados, que a su vez ha creado un mercado de servicios para su consumo. Aquí Collier sí arroja alguna luz sobre ciertos aspectos del malestar capitalista actual. Siguiendo a Stiglitz, recoge la reflexión de Henry George en *Progress and Poverty* (1879) acerca de que los beneficios de la aglomeración son un logro colectivo, generado por los millones de personas que viven y trabajan en la ciudad, pero que —con el aumento de los alquileres urbanos— las ganancias revierten únicamente en los propietarios; George, por lo tanto, pedía un fuerte impuesto progresivo sobre las propiedades inmuebles urbanas.

Collier secunda esta propuesta: los rentistas metropolitanos han jugado un escaso papel a la hora de generar el efecto de aglomeración —«para lo que han hecho, bien podrían haberse quedado tomando el sol en la playa»— y deberían ser sometidos a un impuesto anual que gravara la propiedad inmobiliaria, bajo la forma de un porcentaje sobre solares y bienes inmuebles ubicados en las grandes ciudad, que se redistribuiría a las ciudades de provincias «arruinadas». Pero la doctrina de George necesita una actualización, defiende Collier: no solamente los rentistas, sino también los individuos perceptores de los salarios más altos de la «inteligente fuerza de trabajo metropolitana» se benefician de las rentas económicas, es decir, de una retribución superior al precio que les hubiera inducido a aceptar sus respectivos trabajos. Ellos también

deberían ser afectados por una tasa suplementaria de localización, que se añadiría a su impuesto sobre la renta. Basándose en Robert Solow, Collier apunta a que los impuestos elevados sobre las rentas económicas no producen daños colaterales a la actividad económica en general.

*The Future of Capitalism* rechaza el neoliberalismo, pero no se eleva por encima de su estrecha visión. De hecho, la omisión más sorprendente del libro es la ausencia de cualquier análisis real sobre su supuesto tema, sobre el «futuro del capitalismo» en cuanto tal. El auge de China y, como consecuencia, la intensificación de la competencia por los mercados y recursos se ignora, como se ignoran los efectos del cambio climático. El obstinado peso de la deuda acumulada por las principales potencias capitalistas pesa mucho sobre las actuaciones económicas y sobre los niveles de vida, pero no se menciona. Las implicaciones de lo que Shoshana Zuboff ha llamado «capitalismo de vigilancia» no se abordan, ni tampoco los temas fundamentales de la reproducción social que han planteado Nancy Fraser y Rahel Jaeggi en su libro *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*. Una lectura adecuada de estas entrañas podría ayudarnos a descifrar el futuro del capitalismo, pero esta es una tarea que desborda los límites del libro de Collier.

Es chocante que, mientras que los intentos por parte de la izquierda de conceptualizar una salida de la crisis han intentado basarse en los rasgos más avanzados del capitalismo contemporáneo –replantando los objetivos de la infraestructura de retroalimentación digital para efectuar una planificación social descentralizada, como ha propuesto Evgeny Mozorov, por ejemplo; o la robótica especulativa que se debate en *Four Futures*, de Peter Fraser o en *Fully Automated Luxury Communism*, de Aaron Bastani–, la literatura liberal centrista sobre «cómo arreglarlo» mire hacia atrás de manera tan evidente. Es una inversión de la postura de las décadas de 1980 y 1990, cuando la izquierda estaba con el pie cambiado, tratando de defender las conquistas de la clase obrera del periodo de posguerra contra la arremetida del neoliberalismo. La nostalgia que exhibe Collier por el comunitarismo de los primeros momentos de la Guerra Fría en este manifiesto por el «extremo centro» encaja con la propuesta de Raghuram Rajan en *The Third Pillar* (2019) de revivir las «comunidades» mediante el «localismo inclusivo», si bien las propuestas de Collier del impuesto sobre la localización y la propiedad inmobiliaria son más radicales que las ONG vecinales de Rajan. De manera similar, el giro ético de Collier encuentra un eco en los tonos victorianos de la nueva Agenda que ha anunciado este mes el editor del *Financial Times*: «Beneficios con sentido» y, citando a Macauley, «reformular con el fin de conservar». En cuanto a Collier, su miedo real no es que el capitalismo no tenga futuro, sino el riesgo de que se elija a la gente equivocada; el reinicio moral del *Financial Times* ha ido de la mano con un ataque incesante al Partido Laborista de Corbyn. Collier,

de hecho, parece inquieto porque se pueda malinterpretar su adhesión al impuesto sobre la propiedad inmobiliaria de Henry George, por lo que nos asegura que ni él ni George son «marxistas».

Periodista neoricardiano y reformador social, las ideas de George generaron un grupo pequeño pero devoto de seguidores en el movimiento obrero del siglo XIX, tanto en Estados Unidos como en otros países de habla inglesa; en la década de 1880 fue el candidato del United Labor Party para la alcaldía de Nueva York. Marx y Engels se refieren a él con cierta simpatía en sus escritos. Como escribió Marx en 1881 a su amigo residente en Hoboken (Nueva Jersey), Friedrich Adolph Sorge, que le había enviado un ejemplar de *Poverty and Progress*, la medida transitoria –y necesariamente contradictoria– de un impuesto sobre la propiedad inmobiliaria que se le pagaría al Estado había figurado hacía treinta años en el *Manifiesto comunista*. Pero la «pezuña hendida de George (pezuña de asno al mismo tiempo)» se asomaba en la afirmación de que un impuesto sobre la propiedad haría que desaparecieran todos los males de la sociedad capitalista, dejando intactos el sistema del trabajo asalariado y de producción capitalista. Esta es también la pezuña de asno de Collier. Como Mark Fisher planteó en *Capitalist Realism*, los valores de los que depende la vida familiar –obligación, confianza, compromiso– son precisamente aquellos de los que se predica su obsolescencia en el nuevo capitalismo, donde las relaciones de trabajo se caracterizan por la falta de permanencia y la impredecibilidad; esos valores son sistemáticamente minadas por la necesidad de tener dos empleos, por los viajes y por la deslocalización. Ignorando estas realidades, el libro de Collier ofrece un revoltijo de máximas moralistas y proyectos fiscales reciclados. Pero el capitalismo sin los estragos de la acumulación es como *Hamlet* sin el príncipe.